

Algo contestó mi padre alegando su cortedad y falta de ánimo, algo porfió el fraile, y por fin quedó resuelto que Fray Martín hablaría á mi padrino para pedirle su ayuda en aquel difícil negocio.



CAPÍTULO IV

Se presentan las distinguidas personas del cacique del pueblo, su mujer y sus hijos

No sé si en lo anterior he mencionado con el acatamiento que correspondía, á mi padrino don Crescencio Torres y Lares Vázquez de Medrano y Ayllón, cuarto marqués de casa Ayllón, ex regidor perpetuo de la villa de Tlaxochimaco, patrono del santuario en que se veneraba á Jesús Nazareno y cacique indiscutido é indiscutible del lugar.

Era hijo de don Pedro Torres y Lares, tercer marqués y persona famosa por una tristísima causa: había sido ahorcado por el jefe Mina, por haberse rehusado á proporcionar á su tropa no sé qué mantenimientos que le pedía.

Don Crescencio era el tipo del caballero á la antigua: franco, leal, honrado y generoso, estaba lleno de bondad para todos, principalmente si eran sus inferiores; pero esa bondad y esa sencillez suyas no llegaban á significar que tuviera la idea de que aquellos á quienes favorecía pudieran ser iguales á él, ó siquiera sus prójimos. Era estirado, reseco y duro naturalmente, sin alardes ni fingimientos, como lo es un pino que le han quitado las raíces, con la diferencia de que este pino guardaba follaje y solía prestar sombra á quien la necesitaba.

La casa de mi padrino era vieja, pero con esa vejez lozana de las obras destinadas á perpetuarse. Tenía un solo piso, ancho zaguán, escudo en el frontis, herrumbrosos balcones de gruesos barrotes y como remate la imagen tallada en piedra de un santo ó santa cuya fisonomía no se lograba distinguir.

Era vasta, vastísima, casi como el convento. Tenía tres entradas que daban á otras tantas calles, y otra que desembocaba en un arroyo sucio y fétido que atravesaba el lugar y conducía todas las inmundicias hacia el río.

Cuántos cuartos y en ellos cuántas rinconeras talladas, cuántas cornucopias, cuántas imágenes de santos de hechura queretana ó guatemalteca dentro de capelos de cristal, cuántas cajas de madera de alcanfor, cuántos roperos de caoba, cuántos caracoles de la mar atrancando puertas y cerca de las rejas de las ventanas.

Recuerdo todo aquello como si lo estuviera viendo y tocando, con sus colores, sus contornos y sus detalles, y así recuerdo aquel cuarto en que se guardaban las cosas fuera de uso. En la pared había retratos de muchos antepasados de la familia, repetición de los que honraban la sala: el oidor de la audiencia de los Confines, el alcalde de corte en tiempo de Revillagigedo, la primera marquesa, que se contaba había mancillado el lecho de su esposo con un criado de escaleras abajo, el arcediano de la Catedral de Puebla y la bellísima doña Clara Ayllón, asombro de su tiempo.

Los hombres tenían el ceño fruncido, altivos los labios, la peluca más ó menos alta según el tiempo y en la mano inevitables los guantes de gamuza.

Las mujeres, en medio de la selva de tirabuzones de la cabeza y de los encajes del cuello, mostraban en la boca una sonrisa tan hondamente lujuriosa é incitante como la pulpa de un fruto delicado tras los estorbos de la corteza.

Los baúles olían á sándalo, á almizcle, á oriente remoto y á Regencia corrompida. Había allí abanicos de laca delicadamente miniados, bargueños incrustados de nácar, arquetas de madera en que se veían esculpidas inverosímiles escenas de guerras y amores, biombos en que relucían con el apagado fulgor del oro que deben guardar los gnomos en el centro de la tierra, quimeras aladas, dra-

gonos de colas espantables, fauces de serpientes, toda una fauna de febricitante.

Por el suelo yacían altos sillones desvencijados, sin cojín, con los brazos y el asiento durísimos, brillantes por el uso; parecía que una generación de ascetas había meditado en ellos acerca de la maldad del hombre y la inania de la existencia.

En grandes arcones de cerradura llena de orín se hallaban los trajes blancos, amarillentos por el encierro y la obscuridad, como castas monjas que se tornaron anémicas por el velo y las rejas; trajes que sirvieron para bailar minuets y que hablaban de fiestas galantes, de amores y de duelos; trajes de madroños, mantillas blancas y negras todavía olientes á vino, á incienso, á agua de la Emperatriz y á cera bendita; medias de seda y chapines de raso que oprimieron pies inverosímiles, espadines, gorgueras, casacones, pelucas, capas de grana, todo un pasado de romance y de historia, de corrupción y de ascetismo.

Pero maldito si veíamos esos primores yo y los hijos de mi padrino, Crescencio, Pedro y Ramón, que nos metíamos á aquel cuarto á representar comedias de nuestra invención, vistiéndonos los trajes de los antepasados, tocándonos con los peluquines y esgrimiendo las espadas nada menos que contra los monos de la pared, complaciéndonos en romper el escudo que se hallaba en lo alto de cada cuadro; simbolismo que ahora me espanta, como que

venía á decir nuestro desprecio á la tradición y nuestro deseo de destrozarla valiéndonos aun de sus armas enmohecidas y sin filo.

En estas correrías era parte integrante la niña de la casa, Trinidad, Trini ó Trinita, como le llamaba todo el mundo. Era de la piel de Judas, arrojada, valiente, capaz de inventar las peores atrocidades; y á sus diez años sabía más que nosotros á nuestros catorce ó quince.

Era monísima, linda, exquisita, de grandes ojos negros, de tez sonrosada; parecía hecha de nieve y de rosas.

Como yo era el extraño, me tomaba en sus juegos por su novio ó su marido, cuando no me hacía descender á más bajos menesteres y convertirme en mula ó toro.

Por todo eso pasaba yo lo mismo que por ser pellizcado, mordido y golpeado por la señorita, que gastaba sus puntas y ribetes de bravía y terrible.

Un día de aquellos se acercó hasta nuestra guarida mi señora doña María Antonia, esposa de don Crescencio, y llamándome aparte, me encargó suplicara á mi padre se sirviera aguardar aquella noche, que irían por casa ella y su marido.

La recomendación sirvió, no para que mi padre dejara de salir, pues jamás ocurrió á tertulia ni rebotica, sino para que se comprara un velón de á *medio*, que se colocó en un candelero de azófar, y para que tanto mi tía como

581

mis hermanas esperaran vestidas con sus *túnicas* de linón y sus rebozos *ametallados*, la visita de tan honradas personas. Además, las sillas de tule, el cuadro de la Refugiana y el otro de pájaros hecho en Michoacán, se limpiaron y bruñeron más de lo de costumbre, se cambió el olán que servía de cubierta al canapé, y se avivó el fuego del brasero que ardía siempre en una mesa.

A los *clamores* de las ocho llegaron mis padrinos, y mientras las muchachas, todas cortadas, recibían á la señorona y la hacían sentarse previo el abrazo de estilo y el «¿Ustedes cómo han estado?», don Crescencio echaba los brazos á mi padre, diciéndole con cariño:

— Pero, compadre, ¿qué pasa con usted, que me manda embajadores cuando puede por su propio derecho ir á abogar por cualquiera? Vengo á reñirlo y á prevenirle que no se ande valiendo de nadie cuando necesite algo de mí.

Y mano á mano se encaminaron al estudio, mi padre, chiquitín y flacucho, y el cacique, alto, con *clavo* blanco, con ojos negros, ataviado con chaqueta y pantalón de paño y cubierto con capa de enormes vuelos.

No sé qué hablarían los señores; pero cuando las visitas se ausentaron, mi padre nos dijo á todos, lleno de gozo:

— Abrácenme, muchachos, que hemos ganado; mi compadre Crescencio, que es el hombre mejor y más ca-

ballero de toda la tierra, me acaba de dar el gustazo de decirme que va á mandar á Juanillo al Seminario de Guadalajara á fin de que estudie y se haga un hombre. Se va en compañía de Pedro y Ramón, los niños de Torres, y no de *mocingo*, ni á la sopa de nadie, sino pagando su pensión y viviendo al lado de esos chicos que Dios ha de bendecir, como hijos que son de tal padre.

Hubo de todo; llantos, exclamaciones de sorpresa, besuqueos y muestras de alegría; pero á todo puso término el jefe de la casa diciéndonos:

— Ahora hay que acostarse y consultar con la almohada cómo le arreglaremos ropa al muchacho para que no se presente hecho una miseria. Se van á principios de Octubre, pues el *inicio* de clases es el día diez y ocho.

Ya llegan Teresa y Lucas
A recoger el ganado,
Que Bartolo y Agustín
Dejaron desparramado.

Se marchó cada mochuelo á su olivo; pero yo no logré descansar; me tenía desvelado el notición y no sabía si alegrarme, entristecerme ó quedarme perplejo: veía al mundo por un agujero de mi imaginación, pero al mismo tiempo que contemplaba esplendores que me cautivaban, percibía negruras que me ponían pavor.

Cuando empezaba á dormirme sentí en mi boca el roce de unos labios impregnados de amor, y en el rostro la caída de gotas de un líquido tibio, mientras veía alejarse la figura de mi padre que había venido á buscarme desde su recámara.

Al día siguiente todos nos levantamos con el alba, decidores, alegres, llenos de esperanzas y deseos.

No sé cómo allegaría el pobre viejo lo necesario para trajearme; ello es que don José Mercado, el sastre del lugar, se presentó á los dos días en casa, llevando variedad de telas. Se escogieron las más baratas, me tomó el sastre las veintidós medidas de rigor, y á poco llevaron los tres vestidillos que se me compraban.

Al mismo tiempo mi tía y mis hermanas llegaban diariamente del comercio con fardos en que figuraban el *imperial* y el *calicot* como primeras materias, y como de adorno la *estopilla*, la *silesia* y el *bramante*. Todo el día se escuchaba en la pieza de costura el ruido característico de las telas al romperse, y se veía á las muchachas atreadas adornando las pecheras de mis futuras camisas con *lomillos*, *ojos de ratón*, *plumas* y demás labores sacadas directamente de los dechados verdes y rojos que habían traído de la escuela como diploma de su habilidad de costureras.

Estábamos á principios de Julio y no sé cómo pasaron los tres meses que tenían que transcurrir antes de aban-

donar la tierra. Fuimos mi padre y yo á *dar los agradecimientos* al padre Luna, nos despedimos de los otros frailes y de las personas de más suposición en el pueblo, á saber: el señor Cura, don Pablo Romo, dueño de la tienda «La Colmena», doña Francisca Mora, terrible prestamista, y las niñas Celorio, ricas venidas á menos, que vivían frente por frente de nosotros, y me quedé sin qué hacer.

Mi nerviosidad me retenía unos ratos en casa y otros me echaba fuera de ella; unas veces me llevaba á las orillas del río, poblado de enormes árboles, y otras á la altura del camposanto, desde donde se contemplaba todo el pueblo; ora me hacía ocultarme en la huerta de las Gómez, repuesto rinconcito lleno de verdura, ora me guardaba en casa de algunas tías viejas que entre mocos y suspiros me decían: «¿Y aun cuando estés en la capital, te acordarás de nosotras, Juanillo? ¿Te acordarás de estas pobres que no tardarán en ir á dar cuenta de sus culpas á Dios Nuestro Señor?»

Y los muebles familiares, los árboles rumorosos, el río que se desenvolvía como cinta de plata, el pueblo acurrucado en el llano, el huerto escondido entre tapias de adobe, y las tías de refajos y postizos, que habían llorado por Fernando VII y conocido á Orrantía, me decían á una:

«¿Por qué vas á buscar lo que no has perdido? ¿Por qué dejas lo cierto por lo dudoso? ¿Por qué abandonas